

## HOMENAJE A VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

(El 14 de diciembre de 1967, en conmemoración del primer aniversario de la muerte de nuestro ilustre Director, Don Víctor Andrés Belaunde, se realizó un acto público de homenaje en la Casa de la Cultura.

Pronunciaron discursos en esa oportunidad: Don José Jiménez Borja por la Academia Peruana de la Lengua, Don Alberto Tauro por la Academia Nacional de la Historia y Don Mariano Iberico Rodríguez por la Sociedad Peruana de Filosofía.

Publicamos a continuación los discursos de los Miembros de Número de nuestra corporación, señores Jiménez Borja e Iberico Rodríguez).

## DISCURSO DE DON JOSE JIMENEZ BORJA

*Por la Academia Peruana de la Lengua*

Señor Director; Señores Académicos;  
Señoras y Señores:

Al cumplirse el primer aniversario de la muerte de Víctor Andrés Belaunde la Academia Peruana de la Lengua hace acto de veneración a su memoria y exalta los cincuenta años que como Miembro de Número formó parte de su seno y los veinte últimos que, como Director, presidió sus destinos. Para mí, que le acompañé más de cerca como discípulo, amigo y Secretario de la Academia, será forzoso que una a la interpretación de aquellos sentimientos la nota personal de mi gratitud y de mi afecto.

Pertenece Belaunde a aquella generación del *Novecientos* que trascendió por América bajo los signos de Rodó y Rubén Darío, tildada de gaseoso idealismo. Es posible que no empalmara con otra generación más utilitaria; pero el idealismo de *Ariel* y de *Cantos de Vida y Esperanza* oponen la afirmación de la raza hispánica al imperialismo de los Estados Unidos en términos que han reproducido, casi análogos, movimientos de hoy. He aquí una cifra exacta, nada gaseosa, un principio, una orientación concreta. En el Perú, donde Rodó dijo que estaban



sus mejores discípulos, y en los demás países de América, esa generación produjo pensadores, historiadores, novelistas y poetas que expresaron un mensaje explícito, emanado de la realidad, aunque influido por la mística de la belleza hasta hacerse a veces excesivamente musical y repujado. La primera sensación que nos daba el contacto con Belaunde era de aquel idealismo en su forma más desnuda aunque armoniosa y compleja. Hombre de ideas decíamos inmediatamente, manantial constante de conceptos, estremecido por un fervor romántico. Los que sabíamos que nació en Arequipa pensábamos en fluencias ígneas, en cielos eléctricos. Su charla, aun la más sencilla, se elevaba como de un surtidor, salpicada de centellas mentales. Sí, su charla era una prestidigitación de luceros. Su traza y su rostro de hidalgo en que imperaban los ojos como visionarios de lejanas auroras, perdían la quietud apenas iniciaba la conversación para agitarse incesantemente en el proceso interior de entelequías, categorías, paradojas, ejemplares anécdotas o risueños sofismas. Aquel espíritu parecía arrancado del mundo de las esencias eternas que discurren en los *Diálogos*. Pero era, sin embargo, por humano y por piadoso, un ser de este planeta, de este país, de este ambiente de ciudadanos de todos los días. Es fácil así ver que su obra, con fundamento en la Filosofía de la Cultura, no se inicia con la serie de estos libros que iban a darle a partir de 1935 el sello de la reflexión profunda, bajo la especie de eternidad spinosiana, tan familiarmente suya. Veintisiete años antes, en 1908, inicia la serie peruanista con *El Perú Antiguo y los Modernos Sociólogos* y ese mismo año la serie internacional con *La Cuestión de Límites Perú-Boliviana*. La primera serie, dentro de la cual están *Bolívar y el Pensamiento de la Revolución Americana*, en inglés primero y luego en castellano, *La Síntesis Viviente*, *Inquietud*, *Serenidad y Plenitud* y *Palabras de Fe*, debió haber sido lógicamente la primera por imperativo de su



talento paradigmático; pero se le adelantan las dos series de libros realísticos a causa de su sensibilidad por el contorno de la sociedad y de la patria. El llamado del hombre y del paisaje, con toda su dramática diacronía y sincronía, rumor de siglos y plasticidad inmutable, le precipitan hacia el análisis de nuestros problemas, en los libros que continúan aquel primero de la serie peruanista: *Los Mitos Amazónicos y el Imperio Incaico*, *La Crisis Presente*, *Meditaciones Peruanas*, *La Realidad Nacional*, *El Debate Constitucional*, *Peruanidad*, y sus *Memorias*, llenas de lirismo pero también de objetividad, poéticas especialmente al evocar la infancia y juventud al mismo tiempo que densas de comedia humana, de suntuosa materia. La serie internacional de sus libros, que sigue con *Nuestra Cuestión con Chile*, *Documentos Esenciales del Debate Peruano-Chileno*, *Los Tarapaqueños en la Conferencia de Washington*, *La Constitución Inicial del Perú ante el Derecho Internacional*, *La Conferencia de San Francisco y Discursos Ante la Asamblea de las Naciones Unidas*, no puede otorgar asimismo mayor exterioridad a las cosas como que se desplazan en las esferas tangibles de la Historia y el Derecho. Hay, pues, en este novecentista que a su hora suscribió las vibraciones proféticas y el esteticismo mórbido de *Ariel* una proclividad temprana, como la hubo en Francisco García Calderón, hacia el ser palpitante, enraizado y no aéreo, del entorno terrígeno, una como fresca inmersión en las corrientes aluviales de la Patria que hace el secreto de su arco, curva concordante sustentada sobre las columnas de lo ideal y de lo real.

En otra ocasión, con motivo de una de las fechas jubilares con que jalonó su larga vida, estudié en su presencia aquel aspecto ideal de su obra, su confrontación de arquetipos que como broches luminosos, partiendo de un riguroso intelectualismo formaron una secuencia estelar en torno a las verdades de nuestra fe católica, apostólica y



romana. Hoy, con la nostalgia de su mirada generosa, quiero ocuparme del libro de armonía en que impecablemente se unen el arquetipo, como expresión de generalizaciones muy amplias del entendimiento, y el individuo como singularidad intransferible. Ese libro es *Peruanidad* y allí Belaunde ha realizado una cifra de aquellos dos valores asomándose tan pronto a la densidad geosocial como remontándose a los esquemas ejemplares, aquellas cimas de la contemplación que son el atributo más glorioso de la especie. Y entrambos se produce no una recíproca ilustración sino una orgánica suma. Las cosas y los hechos en dispersión anárquica se enfilan en líneas coherentes y adquieren comprensión; se jerarquizan en niveles de poder ascendentes; y ya agilizados y diamantinos sirven para levantar esta prodigiosa fábrica de interpretación que es *Peruanidad*. En ella se sintetizan todos sus libros anteriores y es como aquellos monumentos que desde las bases hasta las culminaciones recogen el arte de toda una época. Comienza por definir la *peruanidad* "como el conjunto de elementos o caracteres que hacen del Perú una Nación, una Patria y un Estado". Discrimina los contenidos de estas tres entidades. Para la primera se apoya en Renán que más allá de las razas, de las lenguas y aun del mismo territorio, la precisa como recuerdo y voluntad: recuerdo de los hechos pasados, voluntad de cumplir otros nuevos en el futuro. Pero no sólo Renán acude para ello con sus moldes genéricos. Además lo harán Fustel de Coulanges, Charlton Hayes y García Morente, como para el diseño de Patria lo harán Barrés, Rousseau y Heidegger y para el de Estado Duguit, Le Fur, Blondel y Romier. Su vastísimo y moderno saber, unido a su formación clásica, le permiten asociar las citas más varias para delinear con exactitud un concepto determinado. La Patria será así para él no sólo la tierra y los muertos, según la bella definición barresiana, sino también las cunas que representan la proyección hacia



el porvenir. La nación, con la conciencia de Patria que actúa como un alma imperecedera, se constituye políticamente en el Estado. Pero éste no puede desligarse de su origen nacional y contrariar, mediante una soberanía presentista y numérica, las sustancias espirituales que reposan en la familia, justa sede del amor a las tumbas y a las cunas. Desde el principio, en las grandes directivas del Maestro, se ve una orientación, que se especifica más tarde, hacia un civismo calificado en que se salvan los signos perennes de la Patria como memoria y como destino. En los trece capítulos siguientes y en el Epílogo se asiste a la presentación del suelo y a los sucesos que sobre él desataron su ardiente dinámica. Todo está descrito y narrado con fuerza pero también reducido a clase, a disposición parnasiana. La vertiginosa marcha de las imágenes, sus procesos asociativos y su reposo final en nada enreda ni oscurece el conjunto.

En la presentación del territorio se acentúa el postulado de la unidad como imprescindible para los grandes propósitos nacionales, en una orografía como la nuestra que se puede ofrecer como "el ejemplo más saltante de falta de unidad". Revista la noción admitida de las tres regiones naturales, costa y sierra y montaña, para desandarla hasta los primeros cosmógrafos que vieron "la discontinuidad e incoherencia del territorio peruano". La dispersión de los valles litorales en un mar de arenas, de los valles andinos en una tempestad de rocas y de los llanos amazónicos en un infierno verde, obliga a revisar nuestra creencia de que poseemos una superficie muy vasta que puede contener a varios países europeos. En realidad somos más chicos que Francia, si consideramos lo que los geógrafos sajones llaman *wasteland*, tierra desperdiciada. Lo que vale es la hectárea cultivada por hombre, que ha ido disminuyendo conforme la población ha ido aumentando. Pero el País se ha planteado sanos objetivos para vencer



esta fatalidad del territorio. Ellas han sido su política de caminos y su tradición unitaria mediante un centralismo no ajeno a los intereses regionales. Como el incremento de las tierras laborables se produce lentamente, el Perú, como Suiza, debe buscar la producción cualitativa y revive el milagro de los caminos incaicos, con las técnicas modernas, que incluyen el dominio del aire. En lo que respecta al proceso histórico, y sentando el principio de una continuidad augusta de parte de remotos milenios, reconoce el legado incaico en la unidad política que se prolonga en la Colonia y la República y en la misión civilizadora que tuvo el Imperio. "El mérito de los incas consistió, nos dice, en que atendieron no solamente al dominio político sino a la más alta cultura. Nosotros debemos conservar esa tradición". También reconoce ese legado en la justicia social —a pesar de los privilegios de la clase dirigente— y que cifró con rotundidad Polo de Ondegardo: "... y así jamás obo hambre en aquel rreyno". Pero no encuentra en nuestro pasado indígena una *conciencia nacional* a causa del conglomerado mecánico de los pueblos sometidos y por lo tanto, según sus palabras, "no puede decirse que constituya la plena iniciación de la peruanidad tal como existe hoy". Juzgo que aquí desfallece el cuadro que nos extiende Belaunde pues una verdadera *conciencia nacional*, tal como hoy se entiende la expresión, tampoco existía en España o Francia de la alta Edad Media que es el tiempo paralelo de los Incas. Y aun podría decirse que, más que allá, existía un elemento de unidad básica en el ayllu y en la identificación con la tierra y con el mito. La poesía, la música, la danza, las artes plásticas y textiles, nos dan la evidencia de una fusión cósmica que generaba en todas partes los más resplandecientes mitos. Si la política contemporánea, no obstante el racionalismo, sólo se mueve y explosiona por el poder genitor de los mitos, en nuestra prehistoria ellos debieron constituir por lo menos una di-



fusa *conciencia* de solidaridad y de amor, de sueño y de acción. No nos haría daño resucitar algunas de esas generosas fabulaciones para compensarnos del egoísmo y materialismo modernos. El análisis de la Conquista, "hecho de la más profunda complejidad humana", lo hace desde una rica variedad de puntos de vista. La define, en primer término, en el marco del soneto herediano, como "el hecho máximo de heroísmo vital". La Conquista, es en sus inicios antes que una empresa del Estado, la obra del individuo español. De allí sus desbordes brutales que se van encauzando conforme se vuelve Evangelización y se vuelve Derecho. Pero aun en el momento del choque, es aproximación y mezcla con las razas aborígenes. De aquel orgiástico desorden emerge la visión religiosa y el criterio político para reducir a líneas ético-jurídicas la vida de las nuevas colonias. La contradicción que frecuentemente dio la realidad con la avidez y egolatría de los conquistadores a las Leyes de Indias no quita la grandeza y originalidad con que se sitúan en el pináculo de la jurisprudencia europea de su tiempo. En la gestación de la nacionalidad la Conquista juega un papel decisivo que explica por el término teológico de *asunción*, ya que "la cultura católica *asume* las tierras y las poblaciones de América infundiéndoles un nuevo espíritu". No se trata de una simple superestructura política o máquina externa impuesta sobre la destruida organización incaica. Es el depósito de un alma distinta que crea la conciencia colectiva de las nuevas nacionalidades como consecuencia de haberse realizado sendas y profundas transformaciones en lo biológico, económico, social y religioso. La impronta de semejante poderosa y múltiple transculturación de seres vivos e instituciones fecundas hace un sueño literario la denuncia del indigenismo extremo para limitar lo nacional a lo puramente indígena y considerar extranjero todo lo demás. La garra de polemista de Belaunde es a la vez soberbia y circunspecta. Acomete



con fuerza tajante y certera, pero jamás irrespetuosa. Tal el carácter de su controversia con Mariátegui que situó en una elevada atmósfera de estudio, de esclarecimiento, de sereno deslinde, reconociendo lo positivo que encierran los *Siete Ensayos*. Es intensamente polémico este capítulo sobre la Conquista como lo es el siguiente sobre la Estructura del Virreinato, transitando por el debate con ímpetu pero con severa documentación, contorno exacto, muchas veces numérico, lejos de tremolaciones exasperadas. Su vigor dialéctico centra el problema, por ejemplo si la costa fue más española que la sierra, como aseguró Mariátegui, y enseguida distiende todos los testimonios, partiendo de los censos de españoles en la costa y en la sierra, para concluir con las últimas comprobaciones sobre el carácter mayoritariamente español de la sierra, no obstante la persistencia en ella de los estratos indígenas. Ilumina aquí el nacimiento de la ciudad americana y peruana, el origen y carácter y evolución del Cabildo, la jurisdicción de alcaldes y corregidores, las notas comunes y diferenciales entre la encomienda y el feudo, la abolición del servicio personal, la concepción de la dignidad de la persona humana en lucha, como hoy día, con los mismos intereses, ahora revestidos de otros nombres y la consolidación del Estado por el Virrey Toledo con apariencias de aspereza arcaica pero en el fondo con la moderna inclinación al bien común por el instrumento implacable de la Ley. La medalla oxidada de Toledo readquiere brillantez de plata. La comparación del nuevo Estado de derecho con el primitivo incaico, que iguala con los imperios despóticos orientales, es de nuevo un exceso en que incurrió también Riva-Agüero, coincidiendo en esto con actuales interpretaciones marxistas del Tawantinsuyo. Bajo la rigidez del Incanato había una emoción religiosa muy alta que alcanza por un lado a la forma monoteísta del Supremo Hacedor, lo cual facilitó la rápida comprensión del cristianismo hasta el extremo



que vírgenes del Sol pasaron en poco tiempo a ser monjas del convento de Santa Catalina del Cuzco; y por otro las obras de previsión y asistencia, especialmente alimenticia, que Su Santidad Pío XII llamó adivinación providencial del cristianismo en su Mensaje al Congreso Eucarístico del Cuzco. Si digo algunas discrepancias no incurro en desacato ya que Ventura García Calderón, a propósito de Rodó, el altísimo guía de su generación, sostiene que al verdadero Maestro se le puede negar tres veces, como Pedro, y quedan incólumes su grandeza de nazareno y su euritmia de esteta. Mis discrepancias felizmente no pasan de tres. El capítulo de la Evangelización tipifica la obra misional ubicando en ella el verdadero origen de la peruanidad. Para ello se inspira en los trabajos de Dawson y de Toynbee que hacen reposar las civilizaciones en el fundamento religioso correspondiente. Al declinar o agotarse éste, declina o se agota la cultura que sustenta. El gran acto civilizador de la Iglesia al convertir a los bárbaros, se repite en América. Los misioneros despliegan otra forma de heroísmo que los conquistadores. Sus armas son el amor y el sacrificio, la docencia y la defensa de la raza vencida. Al leer estas inspiradas páginas de Belaunde, recuerdo los grandes frescos sobre la Conquista de Diego Rivera en el Palacio Nacional de México en que a pesar de su intenso antihispanismo, al margen de la feroz y destructora crueldad de los jinetes, en la parte baja o en los ángulos, aparecen arrodillados los frailes, en actitud seráfica, tratando de amparar con sus cruces a los indios. Están admirablemente diseñados por Belaunde los retratos de Santo Toribio de Mogrovejo y las figuras individuales de la Evangelización así como la labor de los concilios, la supervivencia y extirpación de idolatrías y el culto mariano, amoroso resplandor que corona la cristianización del Perú y que explica en parte por el antecedente de la Mama Pacha, la Madre Tierra, genésica y envolvente ternura en



el mundo mágico de los antiguos peruanos. La evolución cultural de la época hispánica está analizada a continuación. Filósofo de la cultura, discurre en este capítulo con señorío y carácter que le permiten una amplia movilidad. Otra vez con Toynbee, cavila sobre el milagro por el cual "la Vida entra en su Reino". Entrar en su reino es para Toynbee espiritualizarse y el Perú asciende por su espiritualidad católica a los poderosos sincretismos de su derecho indiano, de su poesía renacentista, de su arte barroco, de su organización universitaria. Nuevamente el tema de la cultura le da ocasión para animar nuestro debate doctrinario. La interpretación autoctonista y la simple fusionista las opone a la "síntesis viviente" que plasma una nueva personalidad cultural. Al escindir las causas y el significado de la Independencia preconiza, sobre el catálogo de todas ellas, la madurez a que llegó dicha personalidad cultural. Al comienzo y luego del análisis de las reformas borbónicas, los factores económicos, la voluntad de poder del elemento criollo y la acción de individualidades gloriosas, acentúa aquella madurez cuyo símbolo es Unanue, síntesis de cultura cristiana y vibración telúrica. El aporte de la República está sopesado con optimismo. Están tal vez amplificadas sus bienes: la libertad y la soberanía, el advenimiento de una dirigencia intelectual, la abolición del tributo y la esclavitud, la difusión de la educación popular, el tránsito a la economía mundial, la libertad de prensa, la incorporación de la Amazonía. La República alcanza la cúspide con el genio de Castilla y el desastre del 79 tiene la compensación providencial del heroísmo de Grau y Bolognesi, la resistencia de Cáceres y la recuperación organizadora y democrática de Piérola. La evolución cultural de la República, desde la literatura polémica de los años iniciales hasta el mensaje de la tierra y el grito de protesta de la raza aborigen en la novela de Ciro Alegría, le sirve para perseguir una identidad, una configuración psicológica



propia que él cree gozosamente encontrar en un ínsito y equilibrado humanismo, sensible a la subjetividad delicada, señero en las cumbres del Inca Garcilaso y de Palma, sin que en ambos sea un defecto la superación de la poesía a la historia desde que la poesía, en el sentido de Goethe, es más verdadera que la historia. Pero en esta evolución hay *desviaciones* frente a las que insurge una vez más, acerada y fina, la mentalidad polémica de Belaunde. Tras el breve capítulo, que pudo ser muy extenso, sobre la fisonomía internacional del Perú, caracterizada por su nacionalismo vertical, no de expansión horizontal o imperialista, y por su consagración al derecho y la solidaridad americanas, remata el libro con la problemática de la República. Le inquietan agudos enigmas, reinos de sombra, amenazas de discontinuidad, de materialismo, de burocratismo, de vulgaridad aritmética. Le agobia la disgregación de la familia propiciada por la ley del divorcio. Encamina la economía hacia la industrialización sobre la base de una robusta agricultura de unidades de producción antes que de improvisados repartos. Aunque reconoce que el problema del indio es el mayor fracaso de la República, no se extiende, por honradez y prudencia, a determinar soluciones improvisadas. Luego de la crisis del agro estima que hay que resolver la crisis de la clase media creciente y desamparada, cuya suerte sigue desde 1914 el desenfreno inflacionista determinado por la inestabilidad monetaria. Son palabras de hace veinticinco años pero parecen de hoy. La más honda disyuntiva política la ve entre la democracia cristiana y el marxismo. "Entendemos por democracia cristiana, afirma, el régimen en que el respeto por la persona humana y sus libertades fundamentales se aúna con la estabilidad y eficacia de la autoridad en su obra de bien común y de justicia social". Ello comporta un cambio del sufragio demagógico, de tiempo presentista, por otro contralor de mayoría calificadas, de tiempo humano y aristar-



quías ejemplares. He aquí para cerrar un libro, frente a nuestra desgredada y confusa democracia, el molde categorial, despejado y diáfano.

Belaunde desde el punto de vista literario es un ensayista. Su instrumento de expresión es aquel género meditativo y vagabundo que partiendo de la nada construye inextricables laberintos. Esos laberintos son a veces caminos serpenteantes, nubosidades barrocas o imponentes palacios. ¿Qué clase de laberinto es *Peruanidad*? Voy a decir algo que agradecería su corazón cristofórico: es un templo grandioso, elegante y simple. Es templo por el recogimiento y por el apostolado. Es grandioso porque está hecho con las piedras y los milenios del Perú y se proyecta al porvenir insondable de un pueblo egregio. Es un templo también porque aunque dan claridad las altas linternas hay capillas obscuras y secretas bóvedas. Es elegante porque aunque aprisiona una indómita realidad, viene del mundo inteligible en que se agitan las ideas puras y regresa a él con esa realidad recompuesta en sorprendentes sistemas, con un aire de nobleza, proporción y eficacia. Es simple porque este predominio de lo inteligible lo aleja la saturación corintia. Cuando más podríamos señalar que sobre los anchos muros corre un temblor plateresco. Su oración es por eso amplia, de largo vuelo que viene de su temperamento oratorio, pero retenida en el justo linde de la forma, aristotélica. Hombre del *Novecientos* no es ajeno a la música, al matiz, al vocabulario. El molde rítmico le induce a combinaciones sintácticas variadas, elasticidad para los dislocamientos, fuerza ascendente en los principios y rotundidad en los descensos finales. La impureza de la exposición directa la atenúa con símbolos, con cuadros históricos, con evasiones líricas. El gusto por las palabras le conduce a la creación de felices neologismos. Mas todo ello en medida discreta, como tributo a su tiempo y a su



escuela, sin gravar con un peso inoportuno el desplazamiento audaz de los conceptos.

En la obra de Víctor Andrés Belaunde, armoniosa, sólida y traslúcida, como un vaso de alabastro, se guardan los signos que nos pueden transportar, con sus palabras finales, a “los valores imperecederos del Espíritu”.



## DISCURSO DE DON MARIANO IBERICO RODRIGUEZ

*Por la Sociedad Peruana de Filosofía*

Señor Director de la Academia Peruana Correspondiente  
de la Española de la Lengua.

Señores Académicos,

Señoras,

Señores:

En esta ocasión admirativa y dolorosa se unen y confunden en mi espíritu el sentimiento del honor recibido y el sentimiento del deber. El primero constituido por la circunstancia de tomar parte en esta ceremonia de reverente y fervorosa recordación de Víctor Andrés Belaunde, el segundo consistente en la obligación que cumpla a la vez con profundo agrado y hondísima nostalgia, de rendir mi público homenaje a la figura de este gran peruano que fue mi amigo dilecto y mi maestro en la vida y el trabajo intelectual consagrado a las nobles tareas del espíritu. Maestro cuya docencia trascendió los límites de la patria y del cenáculo amistoso para difundirse en sus admirables escritos de alcance ecuménico y en sus notables intervenciones de alto sentido jurídico y humano en las tribunas de jurisdicción universal que, como representante del Perú,



le tocó llevar a cabo no sólo con su verbo vibrante y elevado sino con la actividad íntegra de su persona animada siempre por anhelos de decisión y promoción. Esta docencia que era al par filosófica y jurídica, tenía sus más hondas raíces en la vocación religiosa de Belaunde, la cual, a la vez, inspiraba su metafísica y su concepción educativa y social, dedicadas a la consagración, exaltación y defensa de los más altos valores de la vida.

La iniciación de Víctor Andrés Belaunde en el ámbito de la especulación filosófica se inspira en un estudio acucioso de Kant en sus dos críticas, manifestándose desde un principio la preferencia del estudiante por los postulados de la *Crítica de la Razón Práctica* que abren la posibilidad de intuir, más allá del puro formalismo lógico, el mundo de lo en sí, que es al propio tiempo el mundo de lo supremo, de lo sublime y de lo santo. Calidades ontológicas y axiológicas que llamaron de manera especial la atención de Belaunde y que le llevaron a interesarse, de modo intenso, en la figura mística, lógica y científica de Blas Pascal, cuya personalidad y cuya obra contenían todos los elementos capaces de seducir la mente de un joven lleno de vitalidad espiritual y de amor por una verdad que no fuera únicamente hija de la lógica sino, y principalmente, del corazón.

Los tres órdenes de Pascal: El pensamiento, la extensión y la caridad, en su jerárquica gradación, que constituyen, a la vez, una teología y una metafísica, y el *Deus absconditus* del solitario de Port Royal, Dios que es al propio tiempo un misterio y una evidencia, constituyen una perspectiva ascensional por donde avanza con temor, temblor y reverencia, el alma del místico, en este caso, el alma del amigo al que hoy recordamos y que acudía al llamado de lo alto donde brilla la luz visible e invisible de la fe que Belaunde recibió con transporte al igual que su maestro de entonces y que hubo de conducirlo hacia una



le tocó llevar a cabo no sólo con su verbo vibrante y elevado sino con la actividad íntegra de su persona animada siempre por anhelos de decisión y promoción. Esta docencia que era al par filosófica y jurídica, tenía sus más hondas raíces en la vocación religiosa de Belaunde, la cual, a la vez, inspiraba su metafísica y su concepción educativa y social, dedicadas a la consagración, exaltación y defensa de los más altos valores de la vida.

La iniciación de Víctor Andrés Belaunde en el ámbito de la especulación filosófica se inspira en un estudio acucioso de Kant en sus dos críticas, manifestándose desde un principio la preferencia del estudiante por los postulados de la *Crítica de la Razón Práctica* que abren la posibilidad de intuir, más allá del puro formalismo lógico, el mundo de lo en sí, que es al propio tiempo el mundo de lo supremo, de lo sublime y de lo santo. Calidades ontológicas y axiológicas que llamaron de manera especial la atención de Belaunde y que le llevaron a interesarse, de modo intenso, en la figura mística, lógica y científica de Blas Pascal, cuya personalidad y cuya obra contenían todos los elementos capaces de seducir la mente de un joven lleno de vitalidad espiritual y de amor por una verdad que no fuera únicamente hija de la lógica sino, y principalmente, del corazón.

Los tres órdenes de Pascal: El pensamiento, la extensión y la caridad, en su jerárquica gradación, que constituyen, a la vez, una teología y una metafísica, y el *Deus absconditus* del solitario de Port Royal, Dios que es al propio tiempo un misterio y una evidencia, constituyen una perspectiva ascensional por donde avanza con temor, temblor y reverencia, el alma del místico, en este caso, el alma del amigo al que hoy recordamos y que acudía al llamado de lo alto donde brilla la luz visible e invisible de la fe que Belaunde recibió con transporte al igual que su maestro de entonces y que hubo de conducirlo hacia una



nueva instancia de su peregrinaje cuyo contenido y sentido creo poder definir refiriéndolo a la obra y a la figura filosófica y mística de San Agustín.

Al llegar a esta cumbre, Agustín, accedemos a una etapa decisiva en la evolución filosófica de nuestro compatriota. Agustín representa para Belaunde la realización no sólo de un hondo pensamiento ontológico sino la expresión de un orden más alto: "el ordo amoris" que instaura en todos los seres y las cosas la suprema santidad del amor con toda la inagotable riqueza de sus posibilidades. Y, además, el estudio de Agustín avivó en Belaunde el interés por la meditación del misterio humano que incluye el misterio de la muerte, pero en el cual fulge también la claridad de la esperanza donde se afirma y define el sentido anagógico de la existencia.

Debemos aclarar que esta enumeración de grandes genios metafísicos y religiosos: Kant, Pascal, San Agustín no tiene un objeto itinerario sino más bien un objeto indicario, es decir que intenta estimar la obra y la vida de estos inmortales pensadores como expresiones en la evolución especulativa de Belaunde hacia metas cada vez más altas y esencialmente hacia lo absoluto divino; evolución en realidad autónoma, puesto que en él la mera elección de sus modelos es ya un acto de creación y de amor, es decir un acto de libre e íntima afirmación personal. Y en este sentido podemos declarar que las dos grandes ideas categoriales de la dinámica interior de Belaunde eran estas; la idea de trascendencia divina que concibe a Dios como un ser infinitamente sabio, bueno y poderoso, y la idea de la personalidad que abarca así lo divino como lo humano y que Belaunde utilizó genialmente en los diversos aspectos de su obra intelectual y de su actuación como Internacionalista y maestro universitario. Por ello si la palabra y la idea de personalismo no hubieran sido vulgarizadas en nuestros tiempos atribuyéndoles un sentido



de presunción y egoismo, yo calificaría la concepción de Belaunde como un personalismo ontológico, religioso y psicológico, como una idea síntesis, a la que confluyen todas las corrientes de la vida interior para conformar una unidad que en los seres escogidos se orienta como una antena hacia lo alto y eterno.

Pero no quedaría bien definida la vocación religiosa de Belaunde que es al propio tiempo una vocación de tipo filosófico si no hiciéramos una referencia especial a su concepción de Jesucristo, desarrollada con brillo singular en su admirable libro *El Cristo de la fe y los Cristos literarios* que reivindica con rara profundidad y fervorosa especulación la objetividad del Cristo de la fe frente al vario y mudable subjetivismo de los Cristos de la literatura, cuyas interpretaciones toman la persona de Jesús como objeto de meditación pero no como objeto de adoración, que es la única actitud válida y fecunda ante el Cristo objetivo, el Cristo de la fe.

Es difícil escoger entre la filosofía de la inquietud representada según Belaunde por San Agustín y Pascal y la filosofía de la serenidad que representan, entre otros filósofos Spinoza y Kant. Nuestro compatriota, llevado sin duda por las exigencias de su temperamento, se decide por la filosofía de la inquietud, no por razones estrictamente técnicas sino porque a ella le inclinaban el dinamismo de un corazón esencialmente místico que no podía reposar en las frías posiciones teóricas de un racionalismo meramente deductivo y seco. Belaunde aspiraba a una verdad de vida y hacia ella se levantaba como una llama el anhelo inagotable de un espíritu en que el pensamiento y el alma profesaban una religión que era una filosofía, y una filosofía que era en el fondo creencia y, por lo tanto, religión.

Si buscamos ahora, para terminar, el mensaje que nos dejan la vida y las obras de Belaunde consideradas en conjunto como una sola entidad espiritual, creo que po-



dríamos encontrarlo en la convicción expresada por el maestro en numerosas ocasiones y que consiste en afirmar que sólo se puede acceder al conocimiento de las más altas verdades de la vida humana y mística, si se posee un corazón puro y una alma limpia de toda escoria. Y como el conocimiento es, en suma, visión, me parece que este mensaje, a la vez epistemológico y cordial, podría definirse en el anuncio tan lleno de profundidad, de simplicidad y de belleza que Nuestro Señor hiciera en el Sermón de la Montaña cuando dijo: “Bienaventurados los puros de corazón porque ellos verán a Dios”.





*El Académico Don Pedro Benvenuto Murrieta da lectura a su discurso de  
toma de posesión*